

Abelardo Muñoz

Chaflán



institució
alfons el magnànim
centre valencià
d'estudis i d'investigació
VALÈNCIA, 2018

© Abelardo Muñoz Blasco, 2018

© De la presente edición:

Institució Alfons el Magnànim-CVEI

Diputació de València, 2018

Diseño de la cubierta: Estudio Juan Nava

Diseño de la colección: Vicent Ferri

Ilustración de la cubierta: fotografía de García Poveda *El Flaco*

ISBN: 978-84-7822-756-3

Depósito legal: V. 1137-2018

Impreso en: Gráficas Marí Montañana, s.l.

www.marimontanyana.es

Algunas consideraciones sobre Abelardo Muñoz

Para José Ramón Romero, con afecto.

I

Abelardo Muñoz nace en València en 1952. Por parte de padre, proviene de una rama del patriciado cultural de la ciudad; por lado materno, de una pequeña localidad de Teruel. Quizá esto explique, por un lado, su exquisita formación literaria; y por otro, su perseverancia irrecusable.

II

Los textos, que aquí se ofrecen, han sido publicados en el conocido semanario valenciano *Cartelera Turia*, entre los años 2013-2016, en secciones como «*Perdidos en la gran ciudad*» o «*Cualquier día en cualquier esquina*».

III

Muñoz suele tener en mente la leyenda sentimental, literaria y disoluta del Tànger de los años 50. Visualiza la ciudad de València —sobre todo la de los años 80— como una modalidad vernácula de aquella mítica urbe.

IV

Dadas las morbosas rarezas lingüísticas de València, la prosa de Muñoz resulta particularmente excéntrica; y dentro del entusiasmo normalizador y enardecimientos reglamentadores de estos últimos

años, su castellano silvestre y tangerino, deviene connaturalmente inquietante

VI

Muñoz cultiva un estilo bipolar. Pasa, a veces, de la apabullante intensidad narrativa al doctrinal confortativo, del lirismo más asilvestrado a un *agit prop* edificante. Seguramente nos equivocamos, pero todo hace pensar que los Hados de la Historia o la Divina Providencia, no le han llamado por esos segundos caminos, los cuales practica por un admirable imperativo moral.

VII

Abelardo Muñoz y Vicente Muñoz Puelles, dos de los escritores valencianos más dotados de su generación, comparten, entre otras cosas, su gusto por la etnografía. Cada uno a su manera. En las narraciones de Muñoz Puelles son habituales las descripciones etnográficas de la Patagonia, Tasmania u otros espacios remotos. Abelardo Muñoz realiza ese mismo trabajo de campo en las barriadas de Orriols, Cabañal, Ruzafa o entre dríades de polígono industrial de las afueras.

VIII

En un pasaje del texto «*Agua de Mayo*» (p. 27), y de modo casual y escueto Muñoz expone su método de trabajo: “buscando secuencias que contar en esta columna. Esa escena que nadie ve porque está acostumbrado a ella; un aviso para caminantes, con fría exposición de los hechos; sin interpretaciones, a lo sumo, analogías curiosas”.

IX

Con ese método de trabajo, esa arte poética, obtiene textos de la calidad literaria y veracidad emocional de, «*Remake*», «*Arañas*», «*Reality*», «*Fantástico mirón*», «*La siesta interrumpida*», entre otros.

X

No son infrecuentes en sus textos pasajes como éste: «La guía rusa casi abofetea a uno de Gandía por sonarse los mocos frente a un Kandinsky». (p. 111). Seco humor de neto linaje surreal.

XI

Los puntapiés esporádicos a la corrección –ideológica, académica, moral– añaden especiería y deliciosa peculiaridad a sus textos.

XII

Muñoz comenzó por poetizar la Valencia de los años 80. València que –por motivos fáciles de averiguar– ya no existe. La superposición de espacios urbanos actuales con los de hace 20, 30 años produce escoceduras afectivas que Muñoz sabe manipular con solvencia. En sus columnas hay un creciente tono elegíaco.

XIII

“Qué hermoso es un índice” –decía el poeta Jiménez. El de este volumen se configura del siguiente modo: 1-La ciudad, 2-Grey insólita, 3-Suburbios, 4-Interiores, 5-Transportes.

El criterio es mayoritariamente espacial –ciudad, suburbio, interior, transporte (un interior moviente)–. En Muñoz, el espacio precisa es un elemento nuclear de sus historias. Sus personajes no son individuos sino tipos, como ahora veremos.

XIV

Tiene un refinado olfato para la germanía suburbial –que conoce de primera mano–, y para los pequeños tesoros coloquiales que trata con estricto matalotaje retórico.

XV

En sus artículos Muñoz se practica una suerte de neocostumbrismo, que tiene su distinguida tradición en autores del siglo XIX.

Dos conceptos caracterizan al costumbrismo romántico: el tipismo y lo pintoresco.

Muñoz opera con formas contemporáneas de lo típico: el yonki, el jubilado empobrecido, la meretriz, el parado de larga duración, el travestido, el patán de barriada, el extranjero ilegal a los que contempla con ojos tendencialmente litúrgicos, obviando la averiguación psicológica.

¿Y qué es lo pintoresco? Digno de ser pintado... No acaban de ser pintorescas las columnas de Muñoz. Si el lector acepta el titubeante neologismo, diremos que sus columnas son *cinematescas*, es decir, apropiadas para una breve secuencia audiovisual –cinematográfica, televisiva, de *smartphone*– o que parecen extraídas de ella.

XVI

Por último, «Un verdadero escritor no elige sus temas: los padece», observa Flaubert en una de sus cartas. Muñoz es un cabal ejemplo.

R. Ballester Añón

I - METRÓPOLIS

Sueños de escritor

El golpeteo de la persiana contra la puerta tiene un aire tropical; la luz rosada se cuela por las mallorquinas y crea una penumbra atigrada en la habitación; los restos del perfume tangerino de la mujer completan la atmósfera. Propicia para pensar, se dice el escritor que, tumbado sobre la cama, intenta aspirar el aroma de otras vidas esa tarde de agosto. Como el niño ciego, que al pie de la torre gótica del centro de la ciudad, cuenta historias a todo aquel que las quiera pagar, el escritor idea las suyas.

El niño ciego sostiene una vara frente a una *auca* que no ve pero presiente, y sabe señalar como era la ciudad antes de la llegada de los bárbaros. Dice que había toda una villa romana cerca de las paredes de la catedral, que fue arrasada para construir un aparcamiento. Los viandantes sienten debilidad por el relato del niño ciego sobre la antigua plaza Redonda, muy cerca de allí. Que era por entonces, dice, como un arca de Noé pública; decenas de aves, peces y reptiles se exhibían en los puestos como un mercado vietnamita en medio de una plazuela de la Cristiandad. El escritor quisiera ser como el niño ciego. Con la cabeza cuajada de imágenes.

Contar buenas historias. Es sabido que las favoritas de los lectores son aquellas basadas en la vida real de quien las escribe. Otra historia que podría contar el niño ciego de la *auca*, plantado al pie del minarete tuneado del Micalet. La visita expectante allá por los sesenta, para pasar una semana de veraneo con su padre; a aquel músico al que desconocía y que se había separado de su madre siendo él pequeño. Su padre tocaba la batería en una orquesta de baile que amenizaba guateques de jubilados en Palma de Mallorca; él se presentó allí, en el gran salón, viendo como un señor, con traje amarillo y pajarita a juego, se acercaba a abrazarlo corriendo entre los bailarines. Cuando le invitó al primer cubata se dio cuenta de que su padre usaba un peluquín que imitaba el

tupé de Elvis. Le pareció ridículo, pero no se lo dijo. Aquellos días con su padre aprendió a beber y a quitar importancia a los problemas de la vida, lo que no es poca enseñanza. Nunca volvió a verlo y se quedó con la copla.

Aquel músico había muerto hacía tiempo de cirrosis, pero su madre vivía. En su última visita, ella le mostró un voluminoso tomo encuadernado con arpillera y sin título. Como un libro ciego. Aquí tengo las mil cartas de amor que me escribió tu padre para poder casarse conmigo, le dijo mientras lo hojeaba con frenesí de vieja enamorada. El escritor quedó atónito ante las líneas escritas por su padre; de novio, con letra castrense, las mayúsculas tiesas como cipreses; estructuras abstractas, jeroglíficos; declaraciones de amor en escritura cuneiforme, propia de quien había leído a Stendhal, y sabía ser zalamero.

Y ella había fotocopiado miles de cartas de amor de un tiempo recuperado, que repasaba una y otra vez con la frente perlada de sudor por la excitación inconcebible, casi erótica, para una mujer de setenta y tres años. Aquella era su madre, sonrió en la penumbra del cuarto el escribidor que trataba de imaginar algo rentable.

La radio se encendió de pronto, esos enigmas electrónicos que suceden a veces, y comenzó a sonar la versión de Serrat de una bella canción de Leonard Cohen. Volvió a su padre, el músico. El hombre que entre cubata y cubata le cantaba piezas de Sinatra con impostado acento americano. La canción de Serrat que es de Cohen lo trasladó al mundo *beatnik* de los años sesenta y los pantalones de flecos y las chicas de melena hasta la rabadilla y faldones medievales. Y de ahí a mirar su cinturón negro de buen cuero y recordar al marroquino de la calle Pelayo que se lo vendió. Un vejete simpático que le dijo haber vendido una pieza muy parecida al mismísimo Hemingway, cuando llegó de la Estación del Norte, y con la curda que había cogido en el viaje desde Pamplona, se le habían caído los pantalones. Los llevaba sujetos con una cuerda y entró en la tienda de la calle Pelayo para comprarse un cinturón. La foto se puede ver aun en el escaparate, un Hemingway, el muy cabrón, que había vuelto a la España fascista después de forjar su fama haciendo el turista en el frente del Guadarrama; para la galería. Sí, era un fantasma, pero muy buen escritor, diantre,

argumentó el marroquinero, que aparece muy joven junto al Nobel. Una buena historia, aunque quizás apócrifa, piensa el escritor en su penumbra atigrada de agosto, con el perfume de su novia ausente rasgándole la nariz y excitando sus deseos, y el aire tropical del vaivén de las mallorquinas. Al final, y tras inútil cavilar, se duerme.

28-8-2015

El tiempo de los otros

A principios del prometedor mes de junio, el fotógrafo Alfonso Legaz invitó al que esto escribe y a otras personas a participar en su proyecto intitulado «Kairós 19». Se trataba de ofrecer una charla frente a un público discreto en Espacio 55, una sala de arte justo pared con pared con el magnífico café literario Kafcafé del barrio de Benimaclet.

En torno a la figura del roquero y *bluesman* valenciano Julio Garcerá, y a lo largo del mes, Legaz, seguidor de las vanguardias francesas («el tiempo propio está lleno del tiempo de los otros», escribe en su blog a propósito de Barthes), montó un sugerente juego de espejos entre los participantes, la llamaba «red de memoria». Un lugar incon-sútil, un baile de azares, donde los protagonistas avientan y cruzan recuerdos. La cosa era como un ajedrez fantástico, con la posibilidad de que algún prodigio pudiese emerger al fondo de la sala Espacio 55; rectángulo minimalista con fotos de Alfonso Legaz en las paredes y tarjetas postales colgando como arenques de una cuerda. Y un sofá granate como icono central de confidencias que a su vez se visualizaban en pases de video. Toda una movida.

Y en Benimaclet, barrio que tiene la atmósfera de un West End londinense, con el colorido de sus fruterías, sus horchatas a la fresca y su tutilimundi juvenil y adulto, activista y festero. La última charla de la serie del proyecto Kairós 19 se titulaba: «Nocturno y estuche de literatura. El Carmen, ficción abierta desde 1968». Mi amigo y vecino de al lado, Alfons Cervera, tenía que hablar de los ochenta, lo mío eran los setenta. Al principio me entró el pánico, pero la sonrisa gótica de

Alfonso Legaz me dio ánimos. Tuve que contratar los servicios de un amigo, que me instruyó en la manera de dirigirme al público. Gracias al entrenamiento, lo conseguí.

Lo que sigue es la parte final de la charla. Dos secuencias de los años setenta del siglo pasado; dos ficciones basadas en *realitys* de otra época.

«Hay un muchacho desangrándose entre dos coches de la calle Santo Tomás. Los que pasan tienen miedo. Se siente una bulla de manguis. No hace ni media hora que uno de ellos asestó cuatro navajazos en el estómago del que se muere como un perro. El chaval no tiene más de 19 años y su intención era robarle las papelinas a los narcos minoristas. Al chico se le ha puesto la cara gris cuando se acerca la policía. Los narcos han desaparecido, pero un grupo de mujeres chilla y jalea a la pasma. «¡Qué clase de mierda de maderos sois que dejáis que pasen cosas así!».

En una esquina de la calle Alta, la que linda con Santo Tomás, un mil quinientos negro de la secreta con cuatro hombres dentro, observa la escena sin mover un músculo. El jefe de los *estupa*, un bujarrón que se tiñe la peluca de rojo, les ha ordenado ver y callar. Ya encontrarán al asesino. Garrido, comisario desde hace un año, sabe que su gente ha permitido la entrada en el barrio de dos kilos de heroína al 60 por ciento, llegada de Sevilla, para seguirle la pista. Los *señores* se conocen al dedillo a cada familia de narcos que ha ocupado el barrio. Pero dejan que la cosa funcione por una cuestión de “limpieza social”, dicen ellos. A los de la comisaría, les interesan más los hippies y comunistas del barrio que los traficantes de caballo.

El caballo era invisible. Quienes lo usaban lo tenían como su mejor secreto. Les ponía tan a gusto y era de tan buena calidad que se creían los elegidos. Los consumidores eran de dos clases, los niños pijos que venían de la Gran Vía a comprar y nosotros, los currantes del barrio de toda la vida. Teníamos tanta droga ante las narices que fue imposible evitarla. A los dos años, los chavales comenzaron a caer como moscas. Unos, por sobredosis, y otros, muertos a tiros por la pasma en los atra-cos, declaró un consumidor.

«Nosotros, como usted comprenderá, controlamos los pisos en los que se vende droga. Pero si los cerramos todos podemos crear un *pifós*—

tio de mil demonios. Además, los traficantes nos sirven de confidentes para el asunto de los atracos».

Garrido se ajusta el peluquín en medio del mugriento despacho de la Jefatura donde se ubica la brigada. Es un policía viejo y de mirada desagradable, falsa; pero siempre sonríe y ahora muestra las vitrinas donde exponen las drogas. Como si fuera un experto va señalando los frasquitos ridículos donde se guardan pequeños trozos de hachís, marihuana o anfetaminas. La estrella del escaparate es un trozo de alfombra. «Venía empapada de cocaína desde Colombia. Los trincamos en el aeropuerto».

4-9-2015

La biblioteca

El viejo anda con unas inmundas zapatillas de felpa a cuadros y viste chaqueta de pijama y pantalones de chándal; sin afeitarse y sin lavar, como salido de su propia mortaja. Su barba rala y su mirada alucinada lo sitúan a medio camino entre el Quijote y un espantapájaros de cuento de King. Cuando llega a la mesa de libros gratuitos, donados por los vecinos, y estira su cuello de buitre para observar el botín de ese día, dan ganas de ponerse a gritar. Mira con ojos salidos de sus órbitas y al tiempo que esboza una mueca que quiere ser sonrisa, extiende las manos de cadáver hacia los libros que un paisano acaba de dejar en la mesa comunal de la biblioteca pública.

Lo hace todas las mañanas; acecha desde la acera la llegada de ese paisano solidario, que aparece con un carro de la compra repleto de libros viejos que ya no leerá jamás, y los deposita en la mesa para que otros aprovechen su lectura. El viejo no da cuartel y arrambla con lo que puede antes de que lo descubran. Lo peor es que lo hace sin criterio alguno. No puedo imaginar qué hará con los libros y revistas, vídeos y otras cosas que pone la gente en plan simpático.

Esa actitud ha causado más de un problema. Hace dos meses asistimos atónitos a una pelea entre el viejo y una señora que acabó con los

dos en el suelo. Se disputaban una edición mugrienta de *La Celestina*, en rústica, y cada uno estiraba el volumen en una dirección hasta que lo descuajaringaron y las páginas, mal pegadas, alfombraron el vestíbulo.

Es el tipo de cosas que pasan en la biblioteca pública del barrio desde que empezaron los recortes y la municipalidad abandonó estos centros a su suerte. Se nota el malestar ciudadano hasta en las bibliotecas. Es más estimulante ese intercambio de libros entre paisanos en el vestíbulo, que los propios fondos anticuados del edificio.

Cuando uno pasea por entre las baldas en busca de alguna novedad, es fácil desesperarse pues no hay ninguna. Algunos superventas están en un estado lastimoso y al hojearlos desprenden un tufo nauseabundo a manoseo ancestral. Sería lógico adquirir un par de ejemplares de un libro muy solicitado, pero tan sólo hay uno, si lo hay. Las bibliotecas adquieren libros una vez al año pero las novedades escasean.

El anciano abusador se pasa el santo día en la biblioteca; como si fuera el salón de su casa. Va dejando el rastro de su hedor personal por todo el recinto y de esta forma ha dotado a la biblioteca de un aroma absoluto a decrepitud. Cuando entra en la sala de los periódicos aún se pone más agresivo. Busca como un hurón las ediciones del día y las privatiza de inmediato, poniendo sus garras sobre los tabloides. De esta guisa mira a los demás con malvada sonrisa y ni siquiera lee las noticias. Los funcionarios le miran aburridos. Las andanzas de este anciano, son una metáfora del calamitoso estado de las bibliotecas públicas. Con esta atmósfera —aquí todo parece demasiado usado— la biblioteca no pude ser atractiva para los jóvenes, pues más que una casa de libros y lectura, tiene inequívocos aires de asilo.

3-10-2014

Quimérico inquilino

Hay una persona que me observa con unos prismáticos desde el edificio de enfrente. La imaginación suele gastarme malas pasadas, po-

dría jurar que es un viejo con batín de felpa a cuadros que mira desde el salón. Al principio no le he dado importancia pero la vigilancia se repite a diario, al atardecer, en el mismo momento en que enciendo las luces de mi estudio y me pongo a escribir. Así que hace poco decidí pagarle con la misma moneda. Armado con los binoculares del ejército soviético –heredados de mi abuelo, que estuvo en Stalingrado con la División Azul– le observo a mi vez. La primera ocasión en que nos descubrimos el uno al otro, con los ojos de batracio de los gemelos respectivos en la cara, no hubo movimiento alguno.

Nos quedamos así, plantados cada uno en su habitación, mirándonos como autómatas a través del cristal de las ventanas. Nos separan unos doscientos metros en línea recta. Los edificios son rascacielos equidistantes venidos a menos. Sobresalen como torres anacrónicas sobre un barrio de casas con tejados romanos, que se postra a sus pies.

Aquí, el asunto no es como en la famosa película de Hitchcock; los vecinos chapan a conciencia las ventanas cuando anochece. Se encierran en su frágil intimidad. Así que, de noche, la ventana del espía es la única que brilla como el ojo de un cíclope.

Han pasado las semanas desde ese primer encuentro visual y ahora hemos cambiado los hábitos. A la hora incierta del anochecer, la más mórbida del día, iniciamos nuestra función. Empieza él; cuando tiene la certeza de que estoy ojo avizor con los prismáticos, enciende la anticuada lámpara de araña del techo de su salón y comienza a disfrazarse con las ropas más variadas, estrujándose las manos y moviéndose con frenesí.

La iluminación es tan buena que puedo distinguir los títulos de las pilas de libros que se amontonan sobre las mesas y el suelo.

Un tomo del *Spleen* de Baudelaire, un poemario de Verlaine, y una edición de lujo de las obras de William Blake. Debe ser un *beatnik* de la vieja escuela, pues el desorden de la habitación es notable. Carpetas y papeles, ceniceros repletos y cartuchos de CD, se desparraman por todas partes. Así que finaliza el hombre su función –no dura más de tres minutos– comienzo yo. Lo mío es el transformismo. En realidad, los fines de semana me saco un sobresueldo imitando a Lola Montes en un tugurio de travestís.

Cuando veo que el abuelo de los libros me mira, ilumino de rojo burdel la habitación y me presento ante él de golpe vestido de *estarlette* de los años treinta; un ceñido satén granate con lentejuelas esmeralda hasta los tobillos; y fumando un cigarrillo inserto en una boquilla de marfil, heredado de una abuela muy moderna, que estuvo en la corte de Victoria Eugenia. Actúo sin peluca ni maquillaje; a palo seco. Aún no sé qué efecto le produce mi espectáculo. Lo único cierto es que apaga su lámpara para observar mejor.

Han pasado varios días sin que ninguno de los dos asome siquiera a la ventana. Esta noche he decidido reiniciar el juego y la sorpresa ha sido mayúscula.

El viejo del batín a cuadros cuelga de la lámpara del salón, iluminado a tope como un plató, con la lengua fuera, como un muñeco, tan irreal como en una película. Entonces me siento culpable, y me escucho pronunciando la réplica de un guión mediocre: el juego ha llegado demasiado lejos. Decido, al fin, llamar a la policía.

8-8-2014

Snacks

El cronista no sabía dónde estaba. La levita blanca manchada de Martini del camarero le hizo pensar que era la cafetería Hungría, pero al contemplar la cristalera de entrada y los silloncitos de cretona amarilla con chinchetas pensó en San Remo. Pagó el café sin pensarlo más y salió a la calle agobiado. Tantos años de cronista se pagaban caros; uno comenzaba a confundir espacios y lugares. Al doblar una esquina creyó divisar los toldos del Tívoli.

La historia de la ciudad era un cuento de sitios desaparecidos, donde charlaban personas que ya no se ven; esas gentes, esos lugares, volvían a su cabeza una y otra vez. Imaginaba cosas. Pensaba que podía volver a entrar en Bilitis, y el dueño, aquel rubio travestido con tirabuzones, le iba a servir un Gimlet.

En los últimos tiempos se estaba especializando en los testimonios de los que quedaban de un tiempo antiguo. Y en esos encuentros sus fuentes se recreaban en los viejos lugares, las remotas risas de juventud. Cuando hablaba con los clásicos era como si estuviesen sentados en Balanzá mirando pasar las primeras faldas de tubo.

La dulce memoria, con sabor a Martini seco y aceituna, de los viejos *snacks*, escenario de encuentros, seducciones y casorios, salía de las bocas tanto de los viejos hippies como de los decrepitos artistas que contaban los días que les faltaban para ir al Parnaso. Los bares de la sensual metrópoli.

Unas veces estaban en Barrachina, comiendo un blanco y negro apestoso, y otras en Síbaris, frente a un té con leche.

Recuerdos absurdos, como querer recuperar una ciudad extraviada para siempre. Muchos no se resignaron. El cronista preguntaba sin cesar y los suspiros se repetían: «¿Te acuerdas de Carnaby?», «¿Y qué me dices del Suizo?», «¿El cine?», «No. La cafetería». «¡Qué tiempos!».

Uno de los memorialistas más frenéticos se ha presentado en la tertulia semanal, que organizan los cronistas sindicados para contrastar nostalgias y estilos. Ha montado un escándalo. Llevaba en el bolsillo una minúscula revista muy antigua con una lista de cines del siglo pasado en la ciudad.

«¡Había tantos y tan confortables!», sollozaba. Su hijo se había burlado. El tipo, todo ido, recitaba como un mantra la lista de cines valencianos en los años sesenta ante los contertulios atónitos. Y por orden alfabético: «Alameda, Boston, Coliseum, D'Or (!), Eslava...». Los amigos lo calmaron. Se miraron unos a otros. De vuelta a casa el cronista, en el colmo del despiste, se vio comprando un merengue en Noel.

28-2-2014

La playa

Es terrible; aquí, en el mismo lugar donde hasta hace nada tú y yo nos amamos, entre las piedras y la arena, sólo hay ahora agua. El mar

ha ido devorando nuestra hermosa playa de amor, día tras día, semana tras semana, y no es una erosión natural sino una catástrofe ecológica a pequeña escala. El pueblo, tan pagado de su playa, optó por sacrificar su hermoso litoral, plagado de dunas, palmeras y pinos y convertirlo en un desierto de hormigón y pestíferos desagües.

Donde antaño se hacían las paellas populares, a cuatro pasos de la marjal y de los campos de naranjas, exhiben ahora su feo rostro las hileras de apartamentos pintados de gris telón de acero, idénticos unos a otros como celdas de colmena y, lo más irónico de todo: perfectamente vacíos. Se hicieron los apartamentos frente al mar y los pocos que se han vendido lo han sido a precio de oro; y ahora se han quedado sin playa.

Y nosotros, sin recuerdos. Tendieron un dique más al norte y la mar comenzó a devorar la playa, y se llevó por delante las voces y alegrías de infinitos veranos de gozo; el chiringuito de las *clóchinas* y hasta el puesto de socorro de la Cruz Roja, tan primoroso, construido de madera.

Barrunto que esto suena a venganza de la Naturaleza, como si dijera, si me jodéis, yo más; y así, veo desaparecer uno tras otro los paisajes de mi disfrute y relajo en los tiempos que creíamos que todo iba a ser posible. La conciencia de protección del entorno, el impulso colectivo y luchador para defender esos objetivos. Y, sin embargo, todo sucedió al revés de como lo pensamos. La destrucción de las cosas bellas, de las atmósferas melancólicas, de los recuerdos y de la historia. Y lo que es peor, la indiferencia general de mis paisanos. La falta absoluta de autocritica, moderación, y no digamos de solidaridad. El mejor ejemplo es la perra que cogieron en el pueblo por hacer un paseo marítimo, como el que tienen todos los pueblos que han sido destrozados por las excavadoras y la rapacidad de promotores y mafiosos de medio pelo. Un banderín de enganche electoral. Y mientras se afanaban en construir un paseo cuajado de setos plastificados, no se apercebieron que el mar se iba comiendo la playa, madre protectora del paisaje.

Sí, amor. No darías crédito si lo vieras. El espacio donde hace nada comíamos calamares a la romana con cerveza, bajo el buen toldo del merendero, es ahora submarino. Los peces llegan ya hasta aquí. Y es

que este pueblo mío que tantas ínfulas se daba, que vendió todas las fanegas de tierra suculenta para luego caparlas con hormigón, se ha quedado sin playa. Y tú y yo, mi ardiente amada, nos quedamos sin pasado; poco importa ahora, pues nuestra vida es ahora un mundo autista, una desesperada y caótica escapada hacia adelante. Bajo las aguas.

27-6-2014

Capirotes

Plon, plon, requetaplón! Resuenan en la calleja los tambores de la banda que desfila a golpes de talón con aire cansino más que marcial. Los capirotes van todo de púrpura subido, y la combinación que hacen los pábulos de sus cirios con la luz mortecina del atardecer crea una iluminación diabólica en el suburbio. Sólo puedes atisbar sus ojos, que emergen de los dos agujeros del capirote como brasas de perdición. Dos tipos que miran aviesos tras su capucha de verdugo medieval flanquean a una impúber que, muy estirada y como andando entre las aguas, sostiene entre las manos un trapo blanco. Representa a un personaje bíblico, como su vecina de más adelante, otra joven envuelta en una túnica, que desfila como desfallecida, con una corona de espinas en la cabeza y un crucifijo plateado entre las manos. La chica tiene madera de actriz.

La banda sigue con sus secos retumbos hasta que de pronto entran trombones, clarinetes y trompetas atacando una composición que parece música masónica. La gravedad de la pieza envuelve el cortejo de civiles que desfila en grupo como si fuera una tribu. Entre los músicos y los capirotes y vírgenes. Son los únicos que no llevan el paso. Algunos esgrimen cirios como armas de guerra, otros miran al suelo. Frente a todos caminan enfundados en sus mejores trajes los miembros del comité central de la cofradía. Señorones bien alimentados, clases medias y menestrales del barrio popular, algunos lucen toisones extraños.

Imagino que vienen a hacer penitencia por sus pecados inconfesables. Son la quintaesencia de la doble moral y aquí están orgullosos de

serlo. Pretenden honrar al que murió sin nada con su aspecto ricachón. En lugar de desfilar vestidos con un saco, como hacían los reyes.

Los señoritos se turnan la carga de un enorme Cristo de madera de teca. Cuando el propietario se cansa, un amigo a su lado desliza un cojín sobre el suelo y apoyan la base de la cruz. Entonces coge otro la carga y continúa el asunto. Sólo las luces azules de los coches policiales que escoltan la procesión dan idea de que estamos en el siglo. Cuando comienzan los cantos ya es casi de noche en el barrio y suenan como lamentos lejanos de aquellos que penan en el trasmundo. La procesión enfila la calle estrecha, jalonada de casas desmochadas, las coladas colgando de los balcones, los contenedores sin vaciar, gatos sarnosos, los niños sucios, y mal alimentados... y crees estar en un villorrio siciliano.

Cuando era niño, viendo una procesión de Semana Santa en Sevilla un Viernes Santo, mi padre comentó como si nada: «Tienen suerte los cristianos, imagínate por un momento que a Jesús le hubiesen dado garrote vil en lugar de crucificarlo. Habría sido difícil llevar eso al cuello. ¿No crees?».

17-4-2014

El inmutable

Haga bueno o malo, Juan llega siempre puntual a la barra del bar y se pide un cafetito. Lo deja enfriar mientras hojea el Levante-EMV, que le sale gratis porque es del bar. El café no le sale gratis, se lo fían. En ese local hay confianza, y todo el mundo sabe que cuando Juan aparece se cierne un mitin. Le dejan dar la brasa porque el parroquiano no tiene un adarme, pero el caso es que la sin hueso le funciona muy bien. Habla como un profesor; y asegura que huyó del bachiller porque no tuvo a nadie que se preocupara por eso.

Hojea las noticias con aire distraído, y a medida que lee titulares le va entrando la mala leche. Flaco y de aspecto descolorido, por falta de proteínas; su barba rala y mal afeitada lo avejenta sin motivo. Cuando se ha cansado de echar hiel sobre el mundo, anuncia con solemnidad

que se va a comer al Ritz, que es como él llama al hospicio donde dan la sopa boba.

Al rato, regresa hurgándose la boca con un palillo, de madera, a la manera de los hidalgos ancestrales, y continúa su perorata contra la injusticia del mundo. Empieza por los gobiernos autonómicos y acaba con el central para luego saltar a la Unión Europea. ¡Qué labia! Y todo fuera de las Cortes.

Lo más asombroso de este asunto es que la parroquia no abre la boca, ni discute sus argumentos; le miran, sonríen y asienten como una tropa de autómatas bien engrasados. Entonces Juan los ametralla con la mirada y se enciende: «¡os joderán una y mil veces y no moveréis un maldito dedo; tenéis un alma de esclavos y eso es por la educación funesta y sesgada que habéis recibido. La autarquía hizo a vuestros padres miedosos y luego el Opus a los hijos mezquinos y apolíticos; los que dirigieron la transición robaron al país su espíritu crítico!»

De la manera que pronuncia las dos últimas frases, con rotundidad de catedrático, se nota que ese es el *quid* de la cuestión. El espíritu que flota en su audiencia es complaciente, conservador, conformista. Juan es el cliente más pobre de todo el bar, pero es el más respetado.

Los clientes, acabado el discurso de Juan, se quedan mirando la zurrapa de su taza de café como si ese engrudo oscuro fuese una fórmula magistral. Juan se libera mucho con esos monólogos y caída la tarde, cuando mengua la audiencia, se lleva con disimulo la hoja del crucigrama del diario, pide un vaso de agua para aclararse la garganta y no salir de vacío. Se despide, anunciando que se va al hotel Lutecia, así llama al camastro de la habitación de alquiler donde vive. Los parroquianos lo conocen por el inmutable.

28-3-2014

Leyenda de una bodega

Entras en esta bodega inmemorial a comprar un buen cava y te estalla en las orejas el maravilloso concierto número cuatro de Beethoven. Esnifas

con deleite ese aroma ancestral a zurrapa de vino y a roble de los toneles, tiempo ha desaparecidos, y las notas se enroscan por entre *riberas, cunés y riojas* y el piano del filósofo romántico se pierde en las profundidades del templo de espirituosos para regresar a tus sentidos como un trágico deleite.

Engarce perfecto entre cultura y vino que lleva orquestando hace lustros Vicente Gabarda, bodeguero melómano y jovial que puede hablarte de arpegios al tiempo que recomienda añadas. A la sombra del minarete reciclado en campanario llamado el Micalet estas bodegas estereofónicas han sido testigo mudo de la historia de la ciudad aterida.

Antaño ubicada en el caserón que hace chaflán con Bany dels Pavessos, Bodegas Baviera data del Siglo de las Luces, exactamente de 1796. Una tarde de este ventoso abril recién iniciado Gabarda encontró un manuscrito en una botella al fondo de su tienda. Lo escribió doña Lolita Ramón Baviera en 1987, una de las propietarias de la casa de vinos antes de que se hiciera cargo Vicente. En dos páginas primorosamente manuscritas con una Olivetti y amarilleadas por el tiempo, esta dama aficionada a la historia buceó en el pasado; gracias a ella Gabarda supo que en el año 1900 Manuel Ramón Teruel y su esposa María Baviera se hicieron cargo del negocio. Con anterioridad fue propietario un tal Tomaset, cuya esposa estaba emparentada con el cardenal Benlloch. En la Guerra de la Independencia, los franceses saquearon la bodega y violaron a la propietaria «cruzándose tiros entre los vecinos de la calle y dichos franceses». En el citado escrito también se puede leer: «Durante la guerra civil española estuvieron escondidos en la portería los hermanos Doña M.D. y don A.L. siendo sabedores de ello la familia Ramón Baviera, hasta que pudieron salir una noche y embarcar hacia la España Franquista. Llegando a San Sebastián hasta que terminó la guerra». En pocas líneas, la Baviera historiadora refleja el ambiente de un siglo remoto y recrea una atmósfera que aún no ha desaparecido del todo de esta calle pintoresca, cuajada de tiendas de antigüedades, fósiles, óleos y tintes, además de novísimas tiendas *vintage* y restaurantes.

Lolita da constancia de la: «Breve historia de la Tienda de Vinos, Aceites y Licores situada en València, y que contiene la dicha tienda, almacén, cuadras y una habitación con techo muy alto para guardar los carruajes» y añade que entonces se llamaba «Las Nieves porque en